



LA ESCRITURA, ACTO EN EL EJERCICIO DE LA PALABRA

Serge Bédère

Miembro del Espace Analytique

serge.bedere@wanadoo.fr

Si es obvio que la escritura es una de las formas del ejercicio de la palabra para el sujeto humano, la identificación y teorización de las implicaciones subjetivas del acto de escribir sigue asemejándose a un desafío que nos conduce al borde del propio lenguaje y de las elaboraciones teóricas que subtiende.

"Yo es otro", la fórmula que con apenas 17 años sentó por escrito Rimbaud, plantea, en una anticipación propia del genio adolescente, la diferencia entre sujeto del enunciado y sujeto de la enunciación al cual se enfrenta todo ser humano en cuanto habla.

Diferencia que se hallará en el centro de la elaboración teórica impulsada primero por, luego alrededor de, y por último después de Lacan. Hasta el extremo de que la fórmula de Rimbaud, aunque con un siglo de anticipación, podría servir de emblema al psicoanálisis de hoy.

¿Pero qué Otro se convierte en "yo" cuando escribe?

¿Cómo responder a esta pregunta?

¿Pueden hacerlo las herramientas conceptuales desarrolladas en el campo del psicoanálisis?

Sencillez de la pregunta... Confusión, sofisticación de la respuesta que lleva los conceptos teóricos a los límites de su campo.

La fórmula de Rimbaud es en verdad contemporánea del descubrimiento freudiano, ya que data de 1870.

El psicoanálisis, práctica del lenguaje por excelencia, deberá esperar a los años setenta del Siglo XX para disponer de elementos conceptuales propios al hecho de responder de su acto teorizando la relación del sujeto humano a la palabra.

Práctica de la palabra, el psicoanálisis es, paradójicamente, vástago de la escritura. En efecto, a través del juego de disimulación/revelación de las cartas a Fliess es como descubre Freud los

lazos que anudan los resortes de su propia historia, y despeja poco a poco la identificación de una clínica y la posibilidad de conceptualizarla.

Emprende así una práctica que no deja de deber reinventarse en cada caso, y cuya transmisión no tiene nada que ver con el hecho de aplicar un saber o un dogma. Anne Durand, en su libro publicado en el 2003, da cuenta de un hallazgo hecho en el marco de sus investigaciones personales: el de la importancia para Freud de la obra del filósofo alemán Théodor Lipps y sus propios maestros, y sitúa el método freudiano no como una invención "ex-nihilo" respecto a la cual sólo nos podríamos situar en términos de "adherencia", de creencia o de dogma, sino como una tentativa de dar cuenta de la clínica, en la cual todos balbuceamos con riesgo de distorsionar, apropiándonos para ello, los conceptos que corresponden a descubrimientos contemporáneos...

Lo subraya a lo largo de toda su obra: "El psicoanálisis sólo se sostiene de este mismo movimiento, eterna vuelta a empezar, donde en la incomodidad del autoanálisis, de las concepciones precarias y la singularidad del encuentro, se constituye", antes de concluir: "Él (Freud) comprende también que sus descubrimientos y su obra se engarzan en una historia, la de las hipótesis heredadas de los descubrimientos de su tiempo y, sobre todo, la suya" (Ob. Cit., p. 23). Esta observación clave nos interesa a todos y nos remite a nuestros itinerarios y a nuestros modos de apropiación y utilización de conceptos que nos preexisten.

Así lo hizo Lacan con lo que tenía a su disposición, a saber, los conceptos originados por la lingüística y el estructuralismo.

Así pues, tenemos la responsabilidad y el deber, cada cual a su vez, de continuar el camino, en una infidelidad fiel respecto a nuestros predecesores, según la hermosa fórmula de Anne Durand, dibujando los contornos, necesarios para pensar el funcionamiento humano, que en lo que atañe a nuestro campo siempre se debe situar en



una nueva perspectiva, en el tríptico de la experiencia personal del análisis, de las hipótesis y los saberes heredados, y del singular y siempre inédito encuentro en cuyo crisol se sitúa la clínica... Así, cada uno de nosotros, en la encrucijada de su propia historia, su encuentro con el psicoanálisis y el "fraguado" en la clínica se encuentra obligado a reemprender la obra y a darle un nuevo impulso.

Si ha habido que esperar más de un siglo, para que la elaboración conceptual en el campo del psicoanálisis pueda estar en condiciones de dar cuenta de los retos del acto de palabra abarcando toda su dimensión, tal vez hayamos llegado ahora a una situación en la cual estos avances y sus consecuencias, incluso en "flash-back" sobre las precedentes, nos conducen al umbral de una teorización capaz de esclarecer las implicaciones subjetivas del acto de escribir.

En cualquier caso, me parece que es responsabilidad nuestra no esquivar el ejercicio, sin contentarnos con comprobar el efecto de moda que rodea al auge de talleres de escritura desde hace unos años, suponiéndoles vagos e imprecisos efectos.

Por un lado, en nuestra calidad de analista solemos ser testigos de la "puesta en escritura" de una persona en un momento dado de su experiencia sobre el diván, y podemos tener algunas ideas sobre el tema. Asimismo, recibimos de vez en cuando a personas que practican la escritura y que incluso son publicadas. Pero, en ambos casos, sostener con ellos la postura a la cual nos vemos abocados nos priva de interesarnos detenidamente por el contenido de su producción o por sus modalidades, aunque a menudo seamos sus primeros destinatarios.

A fin de cuentas, las personas que escriben -al menos aquellas que precisamente no tenemos en análisis personalmente, que por otra parte también han encontrado otros caminos que el análisis, y que aceptan el diálogo con nosotros- son las que más pueden enseñarnos y ayudarnos en nuestras elaboraciones. Así como las huellas dejadas en la literatura, y nuestra propia experiencia, en cuanto también escribimos de vez en cuando y algo sabemos de esta cuestión.

La fórmula de Rimbaud es inigualable por su concisión para resumir la posición del sujeto: como sujeto de su enunciado -y sujeto del acto de enunciación-, no coincide con sí mismo y no tiene otra opción que soportarse como marcado por este hiato, es decir, dividido. A través de diálogos con escritores y mis propias

reflexiones me parece posible avanzar que, para un sujeto humano, responder del acto de escribir redobla esta división, lo que no deja de surtir efectos: "Nos hallamos transformados como una morada por la presencia de un huésped desconocido. No podemos decir quién ha venido, y tal vez no lo sepamos jamás", escribió Rilke en *Carta a un joven poeta*.

A veces, el análisis permite despertar lo que permanece enterrado en lo que Jacques Hassoun (1993) nombraba "la cúpula de espera"; a veces pienso que la escritura, mediante el trabajo sobre la letra, asume la función del despertar.

Para caracterizar lo que distingue como la primera fase de la escritura de un libro (más adelante veremos que distingue dos de ellas), Marie Borin¹, con quien he tenido la suerte de trabajar para una larga serie de entrevistas que acompañaron el proceso de creación de un libro desde los primeros fragmentos hasta la última versión acabada y publicable, ahora publicada, y que me ha enseñado la mayor parte de lo que sé sobre la cuestión, dice lo siguiente:

"El libro me habita y yo lo habito. Debo someterme a esta presencia que se 'abigarra' de ausencia, sin perder demasiado en ella lo que queda de mí. Hay que reconocerse miembro del 'pueblo del desastre' y abstraerse de él. Hay que aceptarse 'hijo del silencio' y utilizar las palabras sin admitir jamás las que degradan, corroen y matan. Hay que sobrevivir a la irremisible alteración de 'yo' convertido en 'mar de fondo' del Otro y de Otra Parte, en sí mismo enmarañados en inextricables palabras. Hay que saberse superviviente, fénix renacido de sus cenizas, porque para sobrevivir a lo irrepresentable ha habido que convertirse en cenizas y en fénix. Helo aquí, este 'héroe' superviviente, de nuevo en peligro, abrumado de impotencia y de su desnudez, que pretende seguir viviendo, implorando la ausencia de nombrarse y el sinsentido de explicarse. Helo aquí, haciéndose libro, naciendo de mí, de mí y otros, por cierto. Busca en mí su voz y su camino y 'yo', tambaleándome cual marioneta, agobiada de soportar una vez más la enfermedad de vivir, debo reemprender el camino, convirtiéndome en su receptáculo, interrogar la nada, la ausencia, la ceniza y el vacío, lo que todavía no ha ocurrido o lo que ha desaparecido".

¹ Anne Roche, profesora de Letras en la Universidad de Provenza, fue la primera en hacer público el trabajo de Marie Borin que, inédito, sólo unos cuantos conocían. El texto de su comunicación se encuentra en los actos de la Década de Cerisy la Salle, publicada bajo el título: *Autobiografía, diario íntimo y psicoanálisis*. Ediciones Économica, Anthropos. 2005. Desde entonces, Marie Borin ha publicado *Garde à vue*. Lausana. Age d'Homme. 2004; *Les heures lentes*. Lausana. Age d'Homme. 2005; *Félicité*. Lausana. Age d'Homme. 2005.

Testimonia en esto de cierto tipo "de apertura al inconsciente" según la acertada fórmula de Georges-Emmanuel Clancier que conjuga su dilatada experiencia como escritor, su implicación en el mundo de la cultura en Francia, el hecho de haberse casado con una psicoanalista... Así, mantiene cierta familiaridad con el psicoanálisis, una suerte de convivencia crítica, aunque él tampoco tenga una experiencia personal de éste.

En un artículo que data de 1962 expresaba su punto de vista con extraordinaria pertinencia. Más de 40 años después, ya cumplidos los 92 años, no desmiente lo que entonces redactaba: "Escribir es un camino, una inmersión, un descenso a los infiernos cuyo sentido y movimiento evocan, por anticipado, el sentido y el movimiento de un psicoanálisis. El analizado, prosigue, se abre camino, su inmersión, en compañía de otro, del otro. El artista, por su parte, se abre este camino solo, es verdad que desdoblándose, para descender en sí mismo, en busca de sí y de los demás, en búsqueda de secretos a los que siempre se acercará pero que jamás agotará; más exactamente, este avance en las profundidades abrirá puertas que darán a otras puertas, que a su vez abiertas mostrarán el camino hacia otros umbrales, y así sucesivamente. (...) La obra literaria no será la reseña del trayecto afectivo y espiritual recorrido, será este mismo camino, imitado, disfrazado y revelado, como un sueño disfrazado y revela el deseo que lo anima; al mismo tiempo, será el fruto de este itinerario y de las imágenes, las ideas, los temas, los sentimientos, las palabras y los sueños investidos en el curso de la búsqueda espiritual" (Clancier, 1962).

Para Marie Borin, a esta primera fase le sigue una segunda, que atañe al aplicado trabajo de "esmerilado", al trabajo sobre el estilo: "ahora el libro está a la expectativa de mi trabajo de destajista de la escritura, al acecho de la perfección de la lengua. Lo cuido, lo esmero, intento alcanzar el punto álgido de sus capacidades de expresión. Es el trabajo obstinado del estilo, tercas horas durante las cuales pulir el manuscrito hasta que no quede la más nimia tachadura. Esto me puede tomar varias semanas de trabajo, y fructificar en varias decenas de versiones... hasta lograr lo que estimo y la que se considera `excelsa`, es decir, incapaz de superar la potencia de expresión y belleza de la lengua". Esta afirmación refrenda lo que he podido descubrir en mi trabajo con ella, y corrobora la idea de que, en este instante del trabajo sobre la lengua, la escritura puede asimilarse a un proceso descifrado, antagonista al movimiento del análisis, que procede más de un descifrado.

Una consideración compartida por Léo Spitzer (1970) en su trabajo sobre estilística y en el método que preconiza: impregnarse de la obra, leerla y volverla a leer, dejarse afectar e influir, ir de la globalidad al detalle, volver a la globalidad. Son estos movimientos de un recorrido que considera ineludible para el lector que desee discernir algo del método del escritor y de la obra que ha generado.

Anne Clancier, una de las pioneras en Francia del enfoque de la literatura con herramientas psicoanalíticas, ha propuesto por cierto el concepto de contratexto para dar cuenta de los movimientos psíquicos inconscientes que obran en el lector, subvirtiéndose de paso un método clásico de la crítica literaria: "Si la contratransferencia es la respuesta del analista a los sentimientos del paciente y a los afectos que éste viene a depositar en el análisis, he denominado contratexto las reacciones afectivas a la lectura de un texto literario. Como la contratransferencia, el contratexto nos informa sobre el inconsciente del autor subyacente al texto a través de las reacciones y evocaciones suscitadas en el lector" (Clancier, 1988).

Este concepto me parece interesante, en particular porque brinda una apertura a la dimensión del inconsciente para el autor y para el lector, sin que haya ni coincidencia, ni superposición, ni explicación de uno por el otro. Su larga exploración, que continúa, abunda verdaderamente en este sentido; varios años de asiduo trabajo juntos me permiten atestiguarlo.



«Niño colgado» Julio C. Núñez



Las posibles relaciones entre psicoanálisis y literatura no pueden ser mejor definidas que por la fórmula de Jacques Nassif de psicoanálisis implicado.

Al psicoanálisis le atañe el acto de creación literaria y la escritura, ya estén o hayan estado en análisis los autores, o ya sea otro su itinerario.

Lo que los escritores tienen que enseñar a los analistas viene de un campo tangencial al suyo; su enseñanza, insustituible, permite no caer en el defecto de explicaciones "psicologizantes" de vistas cortas, y destacar que entre acto de palabra y acto de escritura no caben relaciones comparadas y jerarquizadas en alcance o en el tiempo, ni secuenciales en el sentido en que uno podría comenzar allí donde el otro acaba, por ejemplo.

A veces, el análisis permite despertar lo que subsiste enterrado, "la cúpula de espera" (Hassoun, 1993); a veces, la escritura es la que asume, vía el trabajo sobre la letra, la función del despertar. Un camino no es excluyente del otro, ni aspira legítimamente a la prioridad o la garantía... o a la propiedad sobre el inconsciente y sus formaciones.

Esto me hace considerar esta forma de entender estos dos modos de interrogación de la manera de habitar la relación con el lenguaje como algo que está en contigüidad, relevo y asíntota más bien que en jerarquía u oposición; y contemplar sus relaciones bajo el ángulo de la lógica, es decir, en términos de relevo entre dos operaciones que se refieren ambas al significante, dos operaciones que no podrían jerarquizarse, sobreponerse, ni coincidir.

La conjunción, la articulación y el relevo entre ambos conduce al sujeto humano al borde de una división decuplicada, que le revela su alienación y el margen de maniobra del que dispone con respecto al jugo de significantes que constituyen la materia de la lengua. Cada vez un poco más desposeído de sus "vanidades", crece en su asunción a través de la misma humildad a la cual lo remite la estrechez del único camino posible.

Habitar dialécticamente dos posiciones en el lenguaje, la de sujeto y la de escriba, poder intentar ser el secretario de sí mismo... de manera de adquirir, de paso, un plus de libertad para el neurótico y un arrumaje más sólido para el psicótico... La activación de la letra, movilizadora por el acto de escribir, sigue siendo un modo de actuación sobre "la materia de la lengua" (Goldschmidt, 1997) distinto del acto de palabra.

La operación de escritura permite operar una nueva guisa de limpieza de lo que Lacan nombró en uno de sus seminarios "parasite parolier" (Lacan, 1976), que podría traducirse como "parásito palabrero". Una expresión que subraya el carácter ambiguo de la relación del sujeto humano con la lengua que le da su hábitat a la vez que lo enajena, e incluso puede llegar a constituir su prisión y convertirlo en mártir.

Me parece fundamental tomar en cuenta que el sujeto humano tiene el lenguaje por medio de otros, protagonistas de su historia encontrados al principio de su vida, y que esta "materia de la lengua" le ha sido transmitida por voces que lo designaron con un nombre, meciéndole y anegándolo de palabras, lo incitaron a producir sonidos, a investir el lenguaje, a tomar la palabra, o se lo prohibieron. Son estos otros, reunidos en una especie de personaje compuesto, los que conceptualizó Lacan con el término de Otro. Designa así esta instancia de la cual el "aún no sujeto" recibe la lengua y de la cual tendrá que desmarcarse en una serie de complejas operaciones.

El "fraguado en el Otro" es necesario para el advenimiento del sujeto, pero, con el transcurrir del tiempo, será necesario que el sujeto pueda desmarcarse de ella, lo que supone que logre progresivamente un margen de maniobra que se lo permita. Se precisará para ello que cuantos hacen las veces de esta instancia del Otro, renuncien a la posición exclusiva que ocupan en un principio para el cachorro del hombre, y a los efectos de poder que podrían transformarse en goce ejercido sobre un sujeto confinado entonces a un estatuto de objeto.



«El juego» Julio C. Núñez



La operación de la escritura, que se despliega en silencio y en ausencia de interlocutor encarnado, está en condiciones de despertar significantes "helados"² o de operar una "limpieza de la materia de la lengua" y lo que de ella se podría desprender como huellas ahora parásitas del goce del Otro. Me parece posible, al final de mi trabajo de investigación, decir más sobre el modo en que se presentan estas huellas.

Más que la idea de "escorias" que se me presentó en un primer momento, la idea que se trataría más bien de espantar "adherencias" se reveló poco a poco más adecuada; al no ser la situación "cuajada" que se da en las psicosis, y que me había orientado hacia la noción de escoria, sino una de las figuras extremas respecto a lo que puede declinarse en cierta gama de motivos susceptibles de variaciones en el transcurso del tiempo en estructuras "más ordinarias" y flexibles.

Por "adheridas" cabe entender, como en las consecuencias postoperatorias, lo que al cabo de cierto tiempo, y cuando ya ha habido una intervención sobre la materia de la lengua, constituiría huellas de goce de Otro que se revelarían incrustadas en la "roca del significante".

En otros tiempos, estos indicios de goce del Otro han podido constituir puntos de enganche esenciales para el arrimaje del sujeto a la lengua. Este es, por cierto, el punto de vista de ciertos clínicos y teóricos del autismo. Marie-Christine Laznik (2000), por ejemplo, habla de "forzamiento" por el goce del Otro para designar

² Hallamos esta expresión en la conferencia sobre el síntoma pronunciada por Lacan en Ginebra.



«El juego 2» Julio C. Núñez

la función de los "picos prosódicos" en la voz de la madre que permite, captando la mirada del bebé, operar el "rodeo por el Otro" que asegura el tercer tiempo de la impulsión y adhiere el lenguaje al cuerpo, lo que entraña garantía contra el autismo, ya que es la condición para posibilitar la emergencia de un sujeto.

También puede tratarse de antiguos puntos de fijación, o de puntos de identificación que de un significante en un momento dado fue útil, o de significantes que, en algún caso, tuvieron una razón, que luego habrán perdido, de erigirse en significantes maestros.

Con el correr del tiempo, también pueden producirse accidentes de palabras, originados por choques frontales vinculados con hechos de vida. Nos viene a la mente, por ejemplo, la "violencia del anuncio en medicina", objeto de un reciente coloquio en París, tema al cual se puede emparentar el testimonio de Serge André a través de la publicación de su obra *Flac* (2000). En este libro evoca su experiencia para intentar descubrir e identificar qué es lo que estaba en juego para él, cuando se le anunció que padecía un cáncer singular, con un pronóstico muy sombrío, ya que entonces no se le daba más de seis meses de esperanza de vida. Aturdido, y ante la urgencia de esta cuenta atrás, dejó que surgiera en él un proyecto de escritura en ciernes desde hace muchos años, que fructificara en un texto extraño, Flac, nombre de un chico enfrentado a lo obscuro de una madre de quien Serge Ander nos dice que no se parece en nada a lo que su análisis le permitió desvelar de lo que se ventilaba en su propia historia. En cualquier caso, no puede sino escribir este relato y, en cierto modo, su escritura lo apacigua. "El texto de *Flac* es el testimonio de una encarnizada voluntad de encontrar con la lengua, y contra la lengua, la vía que permita derribar a todos los ídolos, todas las figuras, todas las apariencias gracias a las cuales se sostiene" (Idem, p. 155). Resulta muy difícil pensar los efectos de esta escritura en términos de explicaciones lineales. "Cuando escribí las últimas frases de *Flac*, tuve la profunda sensación de haberme desembarazado de lo que me había enfermado": es, desde luego, difícil apreciar hasta qué punto puede resultar cierta esta afirmación cuya sinceridad no cabe poner en duda. Lo cierto es que, nueve años más tarde, redacta el epílogo de este texto con ocasión de su publicación... y nueve años son más que seis meses, a pesar de que haya muerto desde entonces. No obstante, cabe mencionar, que no comparto en absoluto su punto de vista final, según el cual la escritura comenzaría donde acaba el psicoanálisis.



Con el transcurrir del tiempo, significantes que en un momento dado fueron portadores han podido volverse caducos o generar puntos muertos o nudos de obturación. Esto entraña una especie de "enmugrecimiento" de la materia de la lengua, que compromete la apertura necesaria para un funcionario subjetivo "oreado".

La escritura se inscribe entonces como uno de los modos posibles de "limpieza del parásito palabrero". El que escribe no puede sino emprender rumbo a la insurrección, a contrapelo de la dictadura del discurso común, "abrir una brecha en la temible prisión del lenguaje unificado y del fantasma estandarizado en que nos encierra la dictadura del discurso común", según la fórmula que utiliza Serge André (Idem, p. 166).

En esta perspectiva, la escritura tiene por función primordial despertar lo que está en ciernes en la carne de las palabras.

Si la lógica de su procedimiento, asimilable a una escritura cifrada, es antagonista del trabajo del análisis, asimilable a un desciframiento, no hay entre análisis y escritura jerarquía ni categorización posible en términos de prolongamiento, de "pretexto", de continuación o de comienzo.

Pienso que el hecho de tener que dar cuenta de la clínica y de la enseñanza de los que practican la escritura conduce a un modo de pensamiento dialéctico alejado de cualquier reduccionismo, incita a pensar las cosas en términos de relevo lógico asimilable a una torsión, debida al hecho de que el cuestionamiento de la palabra (si es el caso, a través de la experiencia de un psicoanálisis) y escritura no abordan el significante por el mismo lado o vertiente.

Y que cada vertiente, a su vez, es susceptible de ocultar la otra, al no poder ninguno de ambos modos pretender hacer garantía inmunizando contra lo que Lacan no dudaba en llamar el "cáncer de la palabra", es decir, el "parásito" que representa la palabra en sí para el sujeto humano que, a veces, en lugar de ofrecerle un refugio puede empezar a trabar su evolución a la manera de un desarrollo de metástasis.

Serge André lo dice a su manera: "Yo no conocía antes al sujeto que ha escrito *Flac*. Soy yo y no soy yo, o soy yo como otro yo mismo, no sé cómo decirlo. Nos encontramos, le abrí la puerta y le dejé tomar mi lugar y guiar mi pluma. No quisiera pretender que no tengo nada que ver con ello, pero tampoco puedo decir que me haya reconocido en él. Debería decir más bien que en la escritura

de este texto me descubrí desconocido para mí mismo -con el permiso de la lengua, diría que me `extrañé`. Este sujeto es dispar que lo que me ha revelado mi dilatada experiencia del psicoanálisis. Esta parte de mí (de ser correcta esta expresión) es ajena al análisis que seguí; entonces no existía, sólo cobró vida con *Flac*. Estoy convencido de que no se trata de un vestigio de analizado sino, verdaderamente, de `algo` que el psicoanálisis no pudo y no hubiera podido atraer a la vida" (Idem, p. 153).

Si ciertos tipos de práctica de la escritura pueden tener algún valor salvador, otros pueden tener un función "defensiva", al no garantizar el mero hecho de que haya habido análisis, la conservación de la dimensión de la apertura. La cuestión de la apertura es de por sí correlativa del estatuto en el que sitúa o mantiene el sujeto la figura del Otro, y puede soportar su incompletitud y, por consiguiente, el hecho de que no haya ningún Otro del Otro.

¿No escribe precisamente Georges-Arthur Goldschmidt, en una publicación del 2001 titulada *La presencia del Dios ausente*, refiriéndose a un aforismo de Wittgenstein, "los límites de mi lengua son los límites de mi mundo": "Dios es una debilidad de lenguaje"?

De hecho, para que una garantía funcione, debería estar fuera del campo que pretendiera garantizar, fuera del significante, en suma. Pero Dios, incluso escrito con mayúscula, sigue siendo un significante... "cuatro vocales sin consonantes": así propone Marc-Alain Ouaknin (2004) dar cuenta de lo impronunciable del nombre de Dios, pero incluso con la desemejanza o desfase así producidos, si se leen aplicando esta fórmula pasajes de la Biblia, producimos una disimilitud inusitada, pero aún así seguimos en el universo de las palabras. Tal vez sólo el efecto de repetición obtenido, al sustituir sistemáticamente el nombre de Yahvé por este hallazgo expresivo en el pronunciado de un texto, logra desestabilizar algo del orden del propio lenguaje. Y producir la experiencia que designa Diderot, en un fragmento de carta citado por Serge André en su texto: "Veo ciertas palabras dichas o escritas como ojo abierto súbitamente en mi puerta, por el cual veo todo el interior del apartamento como un rayo de luz que alumbrá súbitamente el fondo de la cueva y se apaga" (Idem, p. 172).

Se diría que ciertos casos de itinerarios de vida funcionan como "incitadores a la escritura" y es interesante determinar mejor los mecanismos en juego.



Parece posible darse cuenta que se trata de movimientos correlativos de un franqueo de umbral, y del reajuste de la relación a los significantes de una historia que suscita.

Esto se articula, como pudimos verlo en la confrontación silenciosa de Freud con la estatua de Miguel Ángel, con una "revisión" de la relación a la figura del Otro.

Revisión que toma la forma de una incompletitud y reactiva el doble resorte de la asunción de la división subjetiva y de la relación a otro descompletado.

El efecto producido es el de un espacio que se halla abierto mediante la escritura, que se trata de mantener tal cual, ajeno a toda sutura.

¿Cómo pensar, si no, la función de "incitadores a la escritura" que ciertos momentos de itinerario activan a la manera de un mecanismo secreto?

Gatherine Millot evoca algunos de ellos en La vocación del escritor, volvemos a hallar estos movimientos precoces hacia la "solución de la escritura" tanto en la infancia de Marie Borin como en la de Anny Duperey³.

Movimientos que pueden calificarse de anticipadores de lo que será más adelante, en otro tiempo, la vía de la escritura. El espacio de una pulsación abierta. Un momento lógico, como se habla en física del momento de una fuerza.

Creo que en este sentido se puede hablar de un "momento de la escritura poética" en Rimbaud; el capítulo que se le dedica muestra a todas luces que para él no hay luego interrupción, sino cambio de estatuto y de función de la escritura.

Este movimiento puede surgir porque, en un momento dado, el sufrimiento es demasiado fuerte con relación a los meandros de una historia, yo diría que porque hubo forzamiento.

Forzamiento del maltrato en la historia de Marie Borin, forzamiento de la desgracia en la de Anny Duperey, forzamiento por exceso de celo materno en Rimbaud.

Este forzamiento puede presentar dos caras y atañe a la manera en que se halla encarnada en un momento dado la figura del Otro en la singularidad del discurrir de una historia:

³ Anny Duperey es a la vez actora y escritora; cuando tenía ocho años, sus dos padres fallecieron al inhalar gases de un calentador de agua un domingo en la mañana. Más de 40 años más tarde, escribe sobre este suceso. *Le voile noir*. Paris. Seuil. 1992.

-En cuanto los que hacen las veces del Otro pesan por exceso en las modalidades de su presencia: exceso de poder o de control que se hace amenazador (física o psíquicamente) en cuanto que están "demasiado presentes" y, por consiguiente, acaban por animar un movimiento de rebelión por parte del sujeto trabajado en su emergencia, impelido para garantizar su supervivencia a derribar las estatuas del Comendador o de los Comendadores de su historia.

-En cuanto los que hacen las veces del Otro desaparecen demasiado brutalmente de la escena, dejando un vacío/hueco revelado demasiado pronto y demasiado violentamente para ser soportable. A este respecto, Anny Duperey nos brinda una enseñanza esencial.

Insumo por necesidad, el sujeto puede divisar, a través del acto de escribir, el vacío dejado por las estatuas derribadas, que al tiempo que le permite respirar amenaza con engullirle en el abismo. Ante la inminente caída de las representaciones de la figura del Otro, se trata de poder soportar su misma incompletitud. Brutalmente confrontado a un vacío liberador, la función portadora de la alienación no puede sino revelarse y es preciso que sea repetida, soportada. Soportar la idea avizorada de que no hay ningún Otro del Otro, tal sería la "función de borde" de la escritura.

Según los meandros de una historia singular, esta brecha atisbada será o no recubierta por la cuestión de Dios y de la relación con la fe; más adelante podrá producirse una mudanza -o no- respecto a estas cuestiones.

En el fondo resulta lógico volver a hallar estas mismas articulaciones activas en la dinámica de la transferencia tal como se da en la cura.

Parece posible afirmar que -en momentos de la transferencia en que acaba de vislumbrarse algo que quebranta el zócalo de la suposición de saber, depositada en la figura que asume el analista por un tiempo-, se pongan en marcha ciertos movimientos de escritura, como para anticipar y conservar abierto al mismo tiempo el espacio vacío que resultará de la caída del pedestal sobre el cual ha instalado al analista uno de los tiempos de la transferencia, que prefigura la confrontación a la vez liberadora y desestabilizadora al hecho de que sólo haya personas que hacen las veces del Otro, y que no hay ningún Otro del Otro.

Veremos cómo se cuestionan aquí la travesía del fantasma y del final de la cura... y cómo puede esbozarse un movimiento correlativo de «incitadores a la escritura», cómo para aprovechar y a la vez



mantener abierto el espacio que acaba de abrirse, como para protegerse de la embriaguez o del vértigo que representa, poniendo en línea de horizonte otra esfera de destino más extenso y menos encarnado, el del "público", arriesgándose el sujeto a asumir un estatuto de autor, marcado por la división subjetiva y separado de su obra.

A este respecto, si se interviene o demasiado temprano o demasiado rápidamente, la separación de la obra puede precipitar al sujeto al vacío.

Este movimiento puede encontrarse avivado por el análisis, por las repercusiones, incluso muy diferidas en el tiempo, de un final de análisis... o puede iniciarse ajeno a todo análisis.

Su denominador común parece ser que, súbitamente, las palabras ya no bastan para decir, para decirlo todo del exceso de amor disparado por un encuentro y que se descarga sobre el papel, al excesivo dolor de una pérdida, al exagerado desvalimiento ante un accidente de vida, o ante lo que se atisba de una historia.

Los resortes del movimiento activado por estos disparadores parece constituir algo así como un "choque de significantes" que exige un urgente reajuste del arrimaje o del "acolchado" subjetivo.

Más que situar las cosas en términos de antagonismos o de inicio de una donde se supone que debería acabar la otra, me parece importante hacer hincapié en la idea ya evocada de relevo: en qué podría servir de relevo en un momento dado la escritura con relación a lo que, durante el tiempo de un análisis, ha logrado abrirse -y tal vez le cueste seguir abierto-, debido a la desaparición del dispositivo transferencial y del riesgo de cierre que entraña el hecho de darle fácilmente el estatuto de "doxa" a la teorización en psicoanálisis, o sea, paradójicamente, de un saber cuya clausura sobre sí mismo podría llegar a desmentir el hecho de que no haya ningún Otro del Otro.

Esto es entonces lo que, por ventura, podría despertarse cuando el analista toma la pluma como escritor: elaborar un nuevo patrón de limpieza del parásito lingüístico, incluido el que el propio psicoanálisis genera constituyéndose como saber.

La noción de "transferencia sobre una lengua"⁴ parece central para discernir estas cuestiones. Esta noción, que se concreta poco a poco en el

marco del seminario animado en la Universidad de París 7 por Max Kohn sobre las relaciones del psicoanálisis con el yiddish, gracias a los trabajos de todos y cada uno de los participantes, a los testimonios sobre analizantes que por su historia evolucionan entre varias lenguas, o a analistas que practican el análisis en varios idiomas, permite dar cuenta exactamente de la cuestión de la elección de domicilio en una lengua más que en otra.

A este respecto, me parece importante subrayar que la "lengua teórica" puede construir un terreno de elección susceptible de suministrar un camuflaje para un desconocimiento que disimularía su nombre.

En la transferencia a esta lengua también pueden ocultarse "adherencias" (algunas de las cuales pueden ser, precisamente, transferenciales), tanto más difíciles de identificar en cuanto que pueden recubrir las que mantenían anteriormente al sujeto en las redes de significantes de su historia que lo hicieron pasar, en suma, de un modo de alienación a otro. Preocupados por desgajarnos de haber caído en una celada, es bien sabido que podemos precipitarnos en el hecho de caer en otra. Este es, de hecho, el punto crucial donde se juega el final de un análisis y en el cual se basa precisamente la transmisibilidad del análisis.



«Podrido» Julio C. Núñez

⁴ Esta expresión constituye una parte del título de un libro colectivo bajo la dirección de Max Kohn, *Monde yiddish et inconscient: le transfert à une langue*, de próxima publicación en *Anthropos/Económica*, colección "Psychanalyse et pratiques sociales" dirigida por Paul-Laurent Assoun y Markos Zafirooulos.

Este punto dista mucho de ser adyacente a nuestra investigación, en la medida en que la escritura, vía la escritura de caso o la escritura denominada "teórica", es uno de los modos que se ofrecen como vector de esta transmisión. Pero que no libra, ni mucho menos de los procesos en cuestión.

Al interactuar con la materia de la lengua, a través de la activación de la letra en el acto de escribir, afecta hasta a la primera inscripción de la huella y al juego de borradura que lo abre como posible. Y por ende a lo que ha podido hacer arrimaje del cuerpo al lenguaje y, por consiguiente, a lo que ha podido permitir, al recortarlo por el significante, dar cuerpo... al cuerpo, precisamente. Así lo atestiguan "efectos de cuerpo" a veces observables. Volviendo mediante el recorte de la letra al recorte anteriormente trazado por la voz, conduce al sujeto a la encrucijada de dos modos de recorte de la realidad, dejándolo solo ante un punto de decisión. En efecto, no puede recorrer simultáneamente dos caminos que ni coinciden, ni se sobreponen, ni ofrecen, uno más que otro, garantía alguna.

Se opta por uno en un momento dado y por otro en otro, en una alternancia y una "secuenciación" que queda por inventar. Como nos dice el "discurso común", un "sujeto" prevenido vale por dos. Pero este redoblamiento no resuelve la cuestión de la elección que operar; al no poder deducirse sino una vez realizada ésta si era adecuada. Ni augura el "modo de empleo" de esta división redoblada.

Más que de un umbral, se trata de un salto.

Cuyo reto sería "performar" la realidad, al no poder aspirar ni a aprehenderla y a explicarla, tanto desde el borde de la palabra como del escrito.

Un salto que inscribe el estilo de cada uno, al tiempo que "pasa por encima" de la idea de cualquier ideal de salto a alcanzar, aunque fuese el de Nijinski.

Un salto como huella de la toma de riesgo asumido, forzosamente caso por caso.

Y que deja posibilidades a lo indiscernible de lo que habrá sido un sujeto, entre nombre inscrito en un árbol genealógico o una lápida sepulcral, un nombre relacionado, un tiempo con un cuerpo y llevado por una voz, y firma intemporal que refrenda un texto escrito en el silencio del trabajo de la letra y prometido a un destino independiente, que a veces lo conduce a atravesar el tiempo y afectar a uno o varios lectores mucho tiempo después de la desaparición de su autor.

Bibliografía

- André, S. (2000). *Flac*. Marseille. Editions Que.
- Borin, M. (2005). *Felicité*. Lausanne. Age d'Homme.
- Borin, M. (2004). *Garde à vue*. Lausanne. Age d'Homme.
- Borin, M. (2005). *Les heures lentes*. Lausanne. Age d'Homme.
- Glancier, G.-E. (1988). *Est-il permis de comparer matériel analytique et matériel littéraire? Comunicación en las jornadas de la Sociedad Occitana de Psicoanálisis*. Toulouse.
- Glancier, G.-E. (1968). *Psychanalyse et littérature*. En Berge, A.; Glancier, A.; Ricoeur, P.; Rubinstein, L.-H. Les entretiens sur l'art et la psychanalyse. Paris-La Haya. Mouton & Co.
- Duperey, A. (1992). *Le voile noir*. Paris. Seuil.
- Durand, A. (2003). *L'inconscient de Lipps à Freud: figures de la transmisión*. Toulouse. Eres.
- Goldschmidt, G.-A. (2001). *En présence du Dieu absent*. Paris. Bayard.
- Goldschmidt, G.-A. (1997). *La matière de l'écriture*. Paris. Circé.
- Hassoun, J. (1993). *L'exil de la langue, fragments de langue maternelle*. Paris. Points Hors Ligne.
- Khon, M. (en prensa). *Monde yiddish et inconscient: le transfert à une langue*. Paris. Anthropos/Economica.
- Lacan, J. (1976). *Le sinthome*. Paris. Seuil. 2005.
- Laznik, M.-C. (2000). *La théorie lacanienne de la pulsion permettrait de faire avancer la recherche sur l'autisme*. En La Célibataire. N° 4. Automne-Hiver.
- Roche, A. (2005). *Autobiographie, journal intime et psychanalyse*. En Chiantaretto, J.-F.; Glancier, A.; Roche, A. *Autobiographie, journal intime et psychanalyse*. Economica.
- Spitzer, L. (1970). *Etudes de style*. Paris. Gallimard.



«Mirada» Julio C. Núñez